

LA RAMA DEL TEREBINTO El regreso a la verdad

INCLUSO gentes y periódicos que se consideran serios a sí mismos han hablado de estos días de la profecía de San Malaquías con respecto al Papado. Ya se sabe que, según ella, el Papa que resultase elegido como sucesor de Juan XXIII sería «Flor de las flores» y que faltan solamente cuatro Papas para que venga el fin del mundo. Ahora bien, el cardenal Montini tiene tres flores de lirio en su escudo y los amigos de las coincidencias extrañas y las cábalas siguen creyendo en estas cosas. Unas cosas que, a primera vista, ciertamente no parecen peligrosas, pero que lo son. Veamos en qué profundo sentido.

En 1595 Arnaldo de Wion publica su libro «Lignum vitae» o «Leño de vida» y en él habla de San Malaquías, un viejo obispo irlandés que había vivido entre 1094 y 1148 a quien Wion atribuye una lista o catálogo de 112 divinas sobre cada uno de los Papas que van desde Celestino II hasta nuestros días. No tenemos ninguna otra fuente que nos hable de tales profecías de San Malaquías, y San Bernardo, por ejemplo, que nos cuenta con pelos y señales la vida y milagros del obispo irlandés no nos dice ni media palabra sobre algo tan importante como una profecía sobre el Papado. Observamos, además, que las divinas de los Pontífices hasta el tiempo en que es publicado el libro de Wion son verdaderamente sorprendentes por su concreción. Así la segunda divisa de la lista, «Enemigo expulsado» corresponde en verdad muy exactamente al Papa Lucio II cuyo apellido «Caccianimici» significa en italiano «arrojamiento», mientras Eugenio III es llamado «De la magnitud del monte» y su

apellido es «Montemagno» o Pío III es señalado como «Hombre pequeño» y este mismo es el significado de su apellido «Piccolomini» y Marcelo II es indicado con la divisa «Espiga débil» y sabemos que en su escudo tenía una espiga y murió a los 25 días de subir al Pontificado.

Pero los Pontífices que siguen a ese año de la publicación del libro son señalados de manera tan vaga y poco comprometida que sólo los fanáticos las ven claras. Así León XI es llamado «Undosus vir», «Varón undoso» lo que no es decir nada, pero como vivió poco tiempo los intérpretes dijeron que había pasado por la vida con la brevedad de una ola, «unda» en latín. Pero a Paulo V le llamó Wion «Gente perversa» y hubiera sido un insulto, si dichos intérpretes no nos hubieran asegurado que eso de «mala gente» iba por el águila y el león de su escudo. Por lo demás todo el mundo sabe que Pío XII era «Pastor angélico» y Juan XXIII «Pastor y naufragio», lo que dicen que es muy exacto porque había sido Patriarca de Venecia y ya se sabe que allí hay gondolas y navas que las guían. Un poco más peliagudo, sin embargo, es explicar por qué Pablo VI es «Flor de las flores», aunque tenga tres flores de lirio en su escudo. «Por que el lirio es la flor de las flores» Porque habrá a quien le parezcan las rosas las reinas de las flores y a otros las amapolas a lo mejor.

Lo que sí está claro es que, cuando en 1599 se trató de elegir sucesor a Urbano VI, los partidarios del cardenal Simoncelli no perdieron influencia y trapisondas para hacerle elegir Papa, y «que magnitud jugada que una profe-

cia de siglos atrás que señalara a Simoncelli casi con el dedo? Porque señalar con el dedo era la divisa que según la profecía famosa correspondía al sucesor de Urbano VI: «Urbs vetus» que quiere decir ciudad vieja, Orvieto en italiano de donde era Simoncelli. «Más claro? Estamos, pues, ante un caso más de mezcla intencionada de política y religión en que esta última venga en auxilio de la primera. ¿Tantos ha habido!

Ahora de momento me acuerdo de aquellas «profecías» que hacían muchas monjas bajo el reinado de Carlos III a propósito de la expulsión de los jesuitas. Un ramo de terebinto seco reverdecía de repente en Murcia como protesta contra la expulsión, pero en otras partes otros visionarios aseguraron que sólo bonades podrían derivarse de dicha expulsión. Tal fue el escándalo, que tuvo que intervenir la jerarquía eclesiástica de diversas diócesis y hasta el arzobispo de Toledo acudió al Consejo de Castilla para que pudiese fin a la epidemia de profecías que se había desarrollado. Una epidemia que no era sino pura argucia para excitar al pueblo en uno u otro sentido, mezclando a Dios en el asunto. Porque siempre han existido gentes poco escrupulosas que no han dudado en hacer a Dios partidario y defensor acérrimo de sus puntos de vista.

O al demonio, como en el caso de las endemias de Loudun. Estas mujeres blasfemaban contra todo lo divino y lo humano y realizaban increíbles obscenidades, pero no dijeron jamás una palabra contra el muy poderoso Richelieu, ni contra sus proyectos. Todo iba contra los enemigos de este. Un pequeño y

profundo detalle que nos permite sospechar con toda probabilidad de acierto que tales actuaciones democásticas estaban preparadas. Como en el caso de las profecías que llevan el nombre de San Malaquías las aludidas circunstancias nos permiten deducir que fueron muy bien concebidas para que bien tuviese su Papa preferido.

Aparte de que el tal profeta no resulta lo que Juan XXIII llamaría un profeta de la desgracia ya que nos asegura el fin del mundo allá para el año 2028 más o menos, y dejando de lado razones teológicas de más peso, nos bastaría pensar, para deducir que tal previsión es un absurdo, en que es imposible que ahora que el mundo comienza a ser más humano y justo sea cuando vaya a tener fin. Esta es la visión reaccionaria de la historia según la cual el mundo degenera a medida que van desapareciendo los privilegios y abusos de lo que unos cuantos privilegiados señores han dado en llamar edad de oro. Tanto interés temporal no es precisamente un signo de profecía.

JOSE JIMENEZ LOZANO

EN pleno siglo XVIII se decía en los diccionarios europeos que la palabra «Emigración» era de origen latino, pero que carecía de uso en la época. La segunda mitad de aquel siglo, todo el siglo siguiente y lo que va del nuestro, han sido tiempos de una enorme movilidad de población. Los movimientos migratorios masivos se han ido extendiendo de tal manera que se puede decir que, gracias a ellos, el hombre ha puesto su planta hasta en el rincón más apartado de la tierra. Un fenómeno que no es nuevo ha tomado en nuestra época su nombre y su mayor extensión: el desplazamiento.

Hoy flotan en el mundo treinta y tantos millones de personas desplazadas. Son seres humanos que empujados por circunstancias exteriores, han tenido que abandonar todo lo suyo, familia, trabajo, hogar y patria, y viven como en permanente vigilia, la esperanza del regreso. Unase a esos grupos —el de los emigrantes y los desplazados—, el de los exiliados, el de los presos y el de los deportados, extensísimos en el mundo de hoy, y nos daremos cuenta de que muchos millones de hombres viven por una u otra circunstancia, clavados en el recuerdo de lo que fue su vida. Esos hombres sienten, como paralizados en su espíritu, la imagen de las gentes y las cosas a las que un día estuvieron unidos por el vínculo de la existencia en común. Ven a su pueblo, a las gentes que conocieron, a los lugares que frecuentaron, como petrificados. De vez en vez, reciben noticias de la transformación de los lugares o de los cambios en las gentes, y ellos los que sueñan lejos, se afanan en superponer en la imaginación, el recuerdo y la noticia. Pero queda siempre fuera de la información el detalle. Los edificios cambian; los establecimientos se renuevan; los pasajes se transforman; las gentes

Convendría que los países de alto nivel emigratorio —el nuestro entre ellos—, destinasen mayor esfuerzo y más calor al cuidado de la comunicación con los que viven fuera. Es necesario llevar a esos hombres la caricia viva de su tierra y de su gente, para que día a día vayan viviendo la realidad, al mismo ritmo que se da. Al principio de la ausencia las cartas son frecuentes y las noticias abundantes; luego comienzan a escasear unas y otras y llega un momento en que sólo queda un recuerdo en parálisis.

Llenar el vacío de la ausencia es una obligación de toda la comunidad a la que el ausente pertenece, pero sobre todo, es un deber del grupo al que un día ha de regresar, si se quiere que el choque, al regreso a la verdad, no convierta al ausente en un naufrago o un ser inadaptable.

MIGUEL JORGE MOLERO



¿Qué es el Apartheid?

Apartheid significa separación o segregación. Según la ley de zonas de color sudafricano está dividido en áreas. Los blancos, los de color y los africanos, deben vivir en zonas separadas, llamadas «reservaciones». Un abogado africano, por ejemplo, no puede instalar su oficina cerca de las Cortes donde los abogados blancos tienen sus despachos, sino a doce millas de las salas de justicia.

En Johannesburg el grupo hindú está localizado a 10 millas de la ciudad, y en Durban cien mil africanos están aislados en zonas residenciales para no contaminar, cuando se dirigen al trabajo, las zonas de los blancos.

El idioma inglés es enseñado a los nativos sólo en la medida suficiente para que puedan recibir y cumplir órdenes.

UNA RELIGION Y UNA FILOSOFIA AL SERVICIO DEL RACISMO

Los filósofos nacionalistas se apoyan en el Calvinismo que no reconoce la plena gracia divina a los nativos, los blancos constituyen un pueblo elegido con el manifiesto destino de gobernar Sudafrica. Dios había dispuesto la posición inferior de los africanos y sería erróneo por parte de la raza superior permitir al negro la esperanza de un mejoramiento de su status.

Un intérprete de la Biblia llegó a la conclusión de proclamar que aunque negros y blancos habían heredado el pecado original los negros heredaban mayor propensión al pecado. Verwoerd, primer ministro de Sudafrica, ha llevado al cinico paternalismo de justificar el Apartheid como algo bueno para blancos y negros, ya que de esta manera se preserva a ambas razas de las impurezas de la otra y así las razas se mantienen puras culturalmente.

La verdad del Apartheid es otra. Se trata de mantener una mano de obra barata a disposición del afrikaner u hombre blanco. Ya que el problema sudafricano tiene más seriedades que la puramente racista. Y no por ejemplo una vertiente social y económica. Los africanos viven bordeando el nivel mínimo de subsistencia. Sólo 36 de cada 100 llegan a los 16 años.

En cuanto a la distribución de la tierra veamos: 700.000 blancos poseen 100 millones de hectáreas. Seis millones de africanos poseen 14 millones de hectáreas. Sobre setecientos millones de habitantes hay tres millones de hectáreas, el resto son africanos, de color y asiáticos.

MANIFESTACION PACIFICA Y VIOLENCIA BLANCA

El día 21 de marzo de 1960 se manifestaron varios miles de africanos para protestar por el sistema del «pase» (el «pase» es una especie de carnet vejatorio e imprescindible que deben llevar todos los africanos y que ha sido llamado «emblemata de esclavitud»). Luthuli y otros líderes africanos rompieron el pase públicamente. A las bombas lacrimógenas los manifestantes respondieron con jets de «Africa y Nuestra Tierra». Seis volaron sobre la multitud. La gente seguía paseando tranquilamente. Fueron empalados tanques y ametralladoras. La multitud permaneció tranquila. De pronto sonaron varias descargas de ametralladora. Los africanos corrieron riendo y chillando. ¿Se trataba de salvar para asistir?

Sin embargo el balance fue trágico: 67 africanos muertos y 185 heridos de bala. Esta matanza de Sharpeville ha cambiado las cosas. Los pacifistas y progresivos del jefe Zú Luthuli, premio Nobel de la Paz, se hacen difíciles ya. Sus palabras eran de este estilo: «Retiro que la política del Congreso Nacional Africano es de no violencia. Urgimos de nuevo a todos para que acepten esta política. Solicitamos de las autoridades que no hagan uso innecesario de la violencia».

Luthuli fue confinado, después de estos hechos, en una finca donde no podía ser visitado por nadie.

Una generación más joven de africanos ha producido nuevos líderes que han roto con Luthuli. Son los panafrikanistas. Mantienen las tesis del Congreso y añaden que los derechos humanos y políticos para todos se han de conseguir en 1968. He aquí cómo los jefes jóvenes se radicalizan precisamente por la intranquilidad de los blancos.

Mangaliso Sobukwe es uno de estos líderes, catedrático de Universidad, de treinta y dos años, que responde a la exaltación de su generación. Así habla:

«En esta etapa de nuestra lucha hay que elegir. ¿Nos resignamos a continuar como seres medio humanos en nuestra patria o exigimos ser ciudadanos en un país no racial y

democrático? ¿Hasta cuándo vamos a padecer física y espiritualmente? ¿Hasta cuándo vamos a seguir en la miseria en medio de la abundancia de nuestro país sin voz y sin voto, once millones de seres? Hijos e hijas de Africa, elegid: o somos esclavos o libres. Eso es todo.

Que el mundo se entere. No luchamos contra el doctor Verwoerd porque sea el doctor Verwoerd, sino contra un sistema, una concepción y un mito.

¿QUIEN ES EL DOCTOR VERWOERD?

El primer ministro de Sudafrica es un devoto calvinista. Pretende que Sudafrica se encuentre a la cabeza de la civilización occidental, pero está convirtiendo el país en un estado policial, dice Norman Phillips. Nació en Holanda y le trasladaron pequeño a Sudafrica. Es antirracista. Comenzó distribuyendo un pasquin por la salvación de la civilización occidental y por el sometimiento permanente de los africanos a un status infrahumano.

Después de la matanza de Sharpeville dijo que «los disturbios constituyen un fenómeno periódico y nada tienen que ver con la pobreza, ni con los bajos salarios». De esta manera negaba algo que era evidente para todos. Suele manejar argumen-

tos como este: «No somos oprimidos, como se nos dice. Somos cristianos. Tenemos una conciencia como la tienen los demás. El blanco trajo la civilización. Todo lo que el bantú ha heredado se debe a la capacidad del hombre blanco». Naturalmente podría preguntarse si se refiere a la herencia de enfermedad y miseria.

«Somos los mejores aliados que puede tener Occidente» —suele decir—. «Estamos en la primera línea» y su argumento cara a Occidente es siempre el mismo. «Si ustedes, críticos Sudafrica, están ayudando a la causa comunista».

«Cómo compaginará el doctor Verwoerd su especial cristianismo con la doctrina cristiana de Juan XXIII acerca de los pueblos africanos y cómo con la del nuevo Papa Pablo VI, que no hace mucho, después de su visita a Sudafrica y otras naciones africanas dijo ante las cámaras de la televisión que Africa era un continente hermano a paz de cooperar al desarrollo, la paz y el bienestar del mundo actual? Quizá la situación sudafricana siga igual durante cierto tiempo, pero lo indiscutible es que va estando derrumbado los soportes filosóficos y religiosos que justifican el tal estado de cosas.»

(Basado en el libro de Norman Phillips «El racismo en Sudafrica».)
C. ALONSO DE LOS RIOS

Reservado el derecho de admisión



EN el Palacio Farnese, sede de la Embajada francesa en Roma, uno de los más bellos edificios de todo el Renacimiento, se ha celebrado una gran fiesta para celebrar la fraternidad de las dos grandes ciudades que son París y Roma. Las paredes labradas del viejo palacio han acogido a mil doscientas personas, una gran cantidad de impecables «fracs» y de elegantísimas «toilettes», que han arrugado sus compuestas armaduras bailando hasta la madrugada el «twist», el «hully-gully» y el «madison».

Los invitados a esta espectacular fiesta han sido, como ya se supondrá, los de siempre: los grandes nombres de la aristocracia romana, una gran representación del Gotha internacional; suponemos, también, que habrán estado presentes varios reyes sin corona y otros cuantos pretendientes a varios tronos vacíos, gracias a Dios, de la vieja Europa. A esta «mezclada» aristocrática se ha mezclado alguna representación de la «grandezza» industrial y muy pocos diplomáticos. En la fiesta ha habido de todo, desde «whiskey» hasta desfile de modelos con lucimiento

de joyas provenientes de renombrados artifices franceses.

Parece ser que esta aristocracia errante y vagabunda ha querido, por una vez, dejar de ser la noticia de primera plana de las revistas gráficas y ha deseado reunirse en la «intimidad». Se habrán contado sus culpas y sus penas, de lo triste que debe ser el mundo sin ellos, de lo equivocada que está la gente que no cuenta con ellos, de lo ignorante que está el mundo de sus sacrificios, ese sacrificio que supone el pasar las vacaciones invernales en Suiza, las estivas en la Costa Azul y las del resto del año en las elegantes ciudades de Europa, en los casinos y en demás actos protocolarios como precisa y merece su casta y su fortuna. Habrán hablado de lo bien que les sentaría una corona de verdad, de lo dichosos que se sentirían visitando hospitales y haciendo caridad ante un pueblo que inclinado a su paso les llamara, respetuosamente, majestades y príncipes — altezas — no se cuántas más cosas a las que, por lo visto, tienen derecho. Habrán hablado de la decadencia de las democracias en las que sus más altos representan-

tes van vestidos como un súbdito cualquiera, con chaqueta y corbata, y de lo extraordinario que es su fausto real con sus carrozas y sus alabarderos. Habrán hablado de las hipotéticas posibilidades que aún tienen de subir, en un día luminoso, las escalerillas de un trono, callándose, naturalmente, lo «realmente» equivocados que están. Habrán hablado de muchas cosas más y como la fiesta era solo para gente conocida e íntima entre sí, nos figuramos que a la entrada habrán colocado el cartelito de «reservado el derecho de admisión». Por de pronto han excluidos de su fiesta a las actrices y actores, bien sea de teatro o de cine, y ni siquiera la famosísima Brigitte Bardot, que por aquellos días se encontraba en Roma para interpretar «El desprecio», ha sido invitada a esta reunión. Todo lo cual nos parece muy bien, pues para hacer teatro toda esta gente se arregla siempre a las mil maravillas y es muy natural que en esta su fiesta la aristocracia no quisiera tener metida dentro de casa a la «compañía».

JAVIER PEREZ PELLON

Los «peligros» de las reivindicaciones obreras

A uno le molesta el parecer demagogo, una expresión que se usa alegremente por determinados círculos, para encasillar despectivamente cualquier postura que trate de lograr —violenta o pacíficamente— una más justa nivelación de las clases y una atenuación de las desigualdades irritantes que nos rodean por todos los lados. Pero tampoco nos asustan estos peyorativos comentarios, cuando comprendemos en nuestro propio ser que el silencio, pudiendo evitarlo, es una solución cobarde. Voy, pues, a riesgo de que me encasillen los dogmáticos, a romper una lanza por una causa que me parece noble.

De un tiempo a esta parte, en artículos firmados, en declaraciones y en asambleas financieras, se repite el peligro que viene presentando las reivindicaciones obreras. Un inefable artículo, aparecido en una publicación económica, señala este gravísimo problema que amenaza con dar al traste con la pujante y desarrollada economía de Occidente.

«No es la presión comunista —se dice— el mayor peligro, aun siendo muy grande, sino las exageradas y en muchos países incontrolables, reivindicaciones obreras, las que amenazan destruir». Para citar que estas exigencias laborales tienen lugar en pueblos, como Brasil, Argentina y otras naciones hispanoamericanas, afirmación que nos sume en la perplejidad, ya que creíamos que el nivel de las masas trabajadoras de estos paí-

ses no era envidiable, ni mucho menos. La táctica que se produce indiscutiblemente, puede muy bien desorientar a muchos sectores de opinión. Ya se conoce el punto de vista de esta mentalidad, llamémosla conservadora. Para repartir hay que producir mucho más. Crear riqueza para repartirla entre todos, lo más equitativamente posible. En tanto, no es posible atender las exigencias de la clase trabajadora, si se pretende que el dispositivo económico no se desplome.

Admitamos, desde un ángulo ortodoxo, la razón de estos retóricos razonamientos. Efectivamente, si no existe riqueza, más se puede repartir. Pero la historia del capitalismo ha sido demasiado rápida, y está tan plagada de contradicciones en este sentido, que lo menos que uno puede hacer ante estas solemnes declaraciones es mostrar su escepticismo. Ahora se acusa a los movimientos sindicalistas, que empujan con fuerza para «mejorar las condiciones de vida y de trabajo de sus asociados, de que deberán cesar en su impulso, evitando la ruina casi inminente de la sociedad económica. Aver, sin embargo, estas asociaciones estaban fuera de la ley, para conseguir abrirse camino, tras muchas batallas, mucha sangre derramada y mucho anonimato heroico repartido por todo el mundo. Lo único que se aceptaba era una especie de paternalismo repugnante, que por cierto ahora rebota bajo un nuevo signo. Pero el derecho legítimo del obrero para agruparse y defen-

der su supervivencia como persona, venía a ser casi una herejía en todos los sentidos. Han sido necesarios años y años de paciente labor, de luchas continuas, para que a quien trabajó se le reconociesen, de mala gana y parcialmente, sus propios derechos.

Y ahora, una vez rebasada esta meta, se aduce, con un descaro «stil generis» que no se puede seguir por este camino, que hay que poner un freno a las aspiraciones desorbitadas de los obreros, que para repartir hay que producir más, y toda una serie de «clichés» gastados que no convienen al menos inteligentes de los observadores imparciales de la cuestión.

El capitalismo histórico es oportunista, por encima de otra apreciación. La oportunidad presente debe radicar en imponer la mordaza a quienes luchan humanamente por mejorar de «condición». No entremos en particulares detalles, en excepciones que no vienen al caso. El uso de la anécdota para ilustrar desordenadamente categorías no es válida en ninguna ciencia, ni mucho menos en algo tan complejo como la vida de los hombres.

La imposición coactiva que se alienta en virtud de estas campañas nos produce asco. Cuando el mundo ha empezado a formarse mucho más dignamente, cuando el despertar de las nuevas nacionalidades va borrando la sombra nefasta de los colonialismos y todavía queda una irreparable injusticia presente, cuando las estadísticas nos muestran que existen miles de millones de personas hambrientas y las condiciones de trabajo, salario y dignidad dejan mucho que desear en casi todas las partes, cuando la Iglesia Católica ha marcado limpiamente su postura y un aire de purificación enciende los anquilosados estamentos, hablar así no nos parece digno, ni siquiera oportuno.

Quizás nos encontremos en los coletazos que marcan el inexorable fin de unos privilegios que se vienen abajo. Si así sucede, bien venidos sean estos malhumorados portazos de distingo que, en definitiva, sólo representan un deseo de supervivencia llamado a desaparecer.

MIGUEL ANGEL PASTOR



MESETA, S. A.
DUQUE DE LA VICTORIA, 4
DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO DE

PLANNIGRAF

sistemas

MATERIALES PARA CONTROL - ESTADÍSTICA GRÁFICA - CUADROS PARA CARGA DE MÁQUINAS - SERVICIOS PLANIFICACIÓN Y CONTROL DE PRODUCCIÓN

PLANNING - ESTUDIO, PROYECTO Y APLICACIÓN DE PLANNINGS COMPLETOS.